

es santo sino por la energía de este amor. El santo es un gran cristiano, y el cristiano, el que es mas digno de su nombre, es aquel que sabe decir mejor, y sobre todo cumplir mejor esta palabra de Ines : *Amo Christum*, yo amo á Cristo; y el heroismo de la santidad no es otra cosa que el milagro de este amor elevado á la mas alta potencia. Buscad en toda la historia de la Iglesia un santo, un verdadero santo que no haya llevado en su corazon esta pasion, este entusiasmo, este embeleso del amor de Jesucristo : yo os digo que no le hallaréis. Y aquellos que han sido santos, es decir, aquellos que han amado á Jesucristo hasta llegar á una santa locura (es preciso que no lo olvideis), han sido por millones en cada siglo cristiano; y su amor, principio generador de santidad, ha promovido la marcha del progreso moral.

Sí, este amor reinando en el hombre es el verdadero progreso de la humanidad; porque es la destruccion total de la concupiscencia, y por la destruccion de la concupiscencia el amor vuelto hácia Dios, el amor en el orden. La condicion de todo verdadero progreso es la perfeccion moral; la perfeccion moral es el orden en el amor; y el orden en el amor es Jesucristo amado de los hombres; y Jesucristo amado es el progreso, porque es la destruccion radical de la concupiscencia, único obstáculo al progreso. Estas verdades están enlazadas como los eslabones en una cadena; y porque el cristianismo comprende y realiza este admirable encadenamiento, es el solo y para siempre jamas la verdadera religion del progreso.

El amor de Jesucristo tomando posesion del corazon humano ha obrado en él un movimiento inmenso de reaccion contra la concupiscencia. Para vencer al orgullo ha hecho amar la humildad, para vencer al sensualismo ha hecho amar la mortificacion, para vencer á la codicia ha hecho amar la pobreza. Y para hacer amables estas tres cosas humanamente aborrecibles, él mismo se ha hecho humildad, austeridad y pobreza; y ha dicho á la humanidad : Amame tal cual soy; á mí humillado, á mí crucificado, á mí despojado. Y la humanidad ha respondido : Yo amo, *amo Christum*. Yo amo á mi Cristo anodado, yo amo á mi Cristo azotado, yo amo á mi Cristo pobre; y este amor que me liga á él, me liga tambien á esas tres compañeras de su vida, á la humildad, á la austeridad, á la pobreza; y armado de este amor que ocupa en mí el lugar de todo, yo marchó con mi Cristo á la

destruccion de mi orgullo, de mi sensualismo y de mi codicia; yo abato debajo de mis piés conquistadores este obstáculo al progreso que Satanás vuelve á levantar todos los dias. Yo lucho cuerpo á cuerpo con este triple desorden de la humanidad; y cuanto mas triunfo, tanto mas siento rehacerse en mí aquella armonía de los primeros dias; porque siento que este amor que yo dejaba caer sobre la tierra, sobre mis sentidos, sobre mí mismo, se desata de la tierra, se separa de mis sentidos, y se retira de mí mismo para colocarse otra vez en el centro de todo orden, de toda armonía y de todo progreso, es decir en Dios.

Decidme, Señores : cualquiera que sea la bandera á que uno se afilie, ¿puede concebirse mas profunda restauracion del orden, mas magnífica idea del progreso? Ved en la cima y en el centro de toda la humanidad cristiana el Cristo en quien todo se restaura en el orden y se sostiene en la armonía : *in quo omnia instaurantur, et omnia in ipso constant*. En este amor y por este amor de Jesucristo veo realizarse esta fórmula compendiada de todo orden y de todo progreso : todos los hombres unidos á Dios, todos los hombres unidos entre sí, y marchando todos juntos á su centro comun. El paganismo dice que el padre de los dioses tenia las generaciones de los mortales suspendidas de la cadena de oro del destino; ¡ah! hé aquí otra cosa muy diferente de la ficcion de la fábula; es la magnificencia de la historia, es la gran realidad cristiana. Jesucristo de lo alto del cielo tiene atadas á su corazon con la cadena de su amor las generaciones que le aman : él las atrae al centro atrayéndolas á sí mismo; y esta atraccion de la humanidad hácia el corazon de Jesucristo es el progreso.

## II.

Recorriendo aquí la serie ascendente de los progresos que podemos realizar, me sería fácil mostraros en cualquier orden de cosas la accion progresiva del amor de Jesucristo. Este amor en el cristianismo todo lo toca : él tiene sus puntos de contacto con la ciencia, con el arte, con la sociedad; él es como el aire que da á todo la respiracion, el crecimiento, la vida; él es con toda verdad el divino compendio del

progreso cristiano; y si Dios nos lo concede, veremos reaparecer mas de una vez en todo lo que nos falta decir, la influencia oculta de este amor de Jesucristo, motor universal del mundo verdaderamente cristiano. Y tanto la ciencia y el arte, como el orden social, y hasta el orden material en lo que tiene de legitimo, reciben de este amor un impulso fecundo. Mas por ahora me limito á mostraros la trasformacion moral producida en el corazon humano por el amor de Jesucristo.

Jamas, Señores, ni aun despues de haber reflexionado en ello, podréis comprender en toda su extension la trasformacion que ha obrado en el corazon humano el triunfo del amor de Jesucristo sobre la concupiscencia. Vosotros no podeis ignorarlo : toda trasformacion profunda y decisiva se hace por el corazon. Para hacer que cambie un hombre ¿qué se necesita? Cambiar su corazon. El corazon es el centro de la vida; y cualquiera que se lleve el corazon, se lleva toda la vida. Ahora bien, lo que sobre este particular es verdad hablando de un hombre, lo es tambien hablando de la humanidad : cambiad el amor del corazon humano, y tendréis inmediatamente una humanidad enteramente nueva. Este es el secreto incommunicable del divino trasformador del mundo : él ha puesto en el corazon humano un amor nuevo, el suyo, y así ha cambiado en la humanidad todo el movimiento de la vida. Jesucristo se ha apoderado de los corazones : él los ha arrebatado, se los ha llevado, literalmente, con una fuerza á la que sólo iguala su dulzura; y con ellos y por ellos se ha llevado la humanidad entera en su propio movimiento. Si quereis saber cuál es el sentido y la direccion de este movimiento nuevo imprimido al corazon humano por el amor de Jesucristo, no teneis que hacer mas sino considerar por un momento en el corazon de los verdaderos santos el amor trasformado por el contacto del corazon de Jesucristo, y veréis desde luego que el amor de Jesucristo ha comunicado al amor del corazon humano todos los atributos que lo hacen progresivo, y preparan en su progreso todos los otros progresos.

El primer atributo que el amor de Jesucristo da al amor del corazon humano, es la elevacion, y él es de quien se ha dicho : Nada hay mas alto que el amor, *nihil altius amore*. Era necesario hacer subir de nuevo aquel amor del corazon humano tan profundamente decaído; y para

ello ¿qué debia hacerse? Era preciso apoyar al corazon del hombre la fuerza del amor divino para levantarlo hasta el corazon de Dios; y esto es lo que hizo el amor de Jesucristo. Dicen que un fuego central ha formado las montañas, levantando en ciertos puntos del globo la superficie de la tierra. Una cosa análoga ha hecho en el mundo moral el amor de Jesucristo poniéndose en el centro de la humanidad : los corazones que han sentido su fuerza, han sido literalmente levantados; y no tengo ningun reparo en decir que aun hoy dia toda humanidad que ha recibido el golpe de esta fuerza levantadora, es decir, toda humanidad que ama apasionadamente á Jesucristo, sobresale del nivel general de la humanidad, como las montañas de los Andes y de Himalaya sobresalen por su altura de todas las llanuras y de todas las colinas de la tierra. ¿Quién se atreverá á negar este hecho tan claro como la luz, la elevacion del corazon de los santos por el amor de Jesucristo? ¡Ah! cuando este amor se ha apoderado verdaderamente de un corazon, por bajo que lo encuentre, lo eleva con su propio movimiento á lo que hay de mas grande, mas bello, mas santo y mas sublime : él pone en el corazon que posee, aspiraciones, deseos, impetus y entusiasmos que se lo llevan por asalto hácia las mas elevadas alturas; él sube con la fuerza que lo empuja, hácia las regiones donde habita Jesucristo; amor divino, que no desciende en el corazon del hombre sino para hacerle subir consigo hácia su propia altura; semejante á aquellas aguas que se hacen bajar de un lugar elevado para hacerlas subir otra vez con su propio peso á la altura de donde han caído.

Este amor que es el mas elevado, es tambien el mas ancho, y de él se ha dicho : *Nihil latius amore*. Nada sobre la tierra puede exceder su medida, porque es sin medida. Nosotros vamos hoy dia en busca de este amor ancho, inmenso, y como dicen los novatores, humanitario; nosotros buscamos un amor que nada excluye de lo que es humano, que va hasta donde se extiende la humanidad. Sí, pero ¿este amor dónde está? Está en el corazon de Jesucristo : él solo, triunfando de la concupiscencia, sabe dar al corazon humano esta dilatacion que va agrandándose siempre sin estrecharse jamas. Allí está este amor que no conoce fronteras, un amor que abraza á los grandes sin excluir á los pequeños; amor universal, donde no hay blancos ni negros, ni libres ni esclavos, ni Escitas ni Griegos, sino hombres amados en Dios

y por Dios en Jesucristo Nuestro Señor; un amor fraternal en fin, en el que desde los puntos extremos del mundo moral y del mundo físico los hombres se tienden el corazón y la mano para unirse, amarse y abrazarse en Jesucristo. Id por el mundo, y hallad si podeis un amor comparable á este amor. Saliendo del amor de Jesucristo, bien podeis buscar y rebuscar: vosotros no encontraréis mas que un amor estrecho, un amor parcial, un amor exclusivo; un amor atrincherado dentro del hogar, de la casta, de la familia, de la patria; un amor que se pára en los límites de un sistema, en la frontera de una opinion, en la sombra de una bandera; un amor miserable, estrecho como el egoísmo. ¡Ah! bien comprendo que se pide por todas partes el amor de la humanidad entera; pero cuando miro al rededor de mí, no encuentro con gran dolor de mi alma sino hombres ocupados en excomulgar á hombres; y á aquellos en especial que hablan mas alto de fraternidad universal y de amor humanitario, los veo que amenazan con venganzas y envuelven de odios á una parte de la humanidad y á mas de la mitad de sus hermanos.

¡Ah! si queremos amar no solo mas léjos que el *yo*, sino tambien mas léjos que la familia, mas léjos que la patria, mas léjos que la casta, mas léjos que cualquier partido, amemos á aquel cuyo amor se extiende á la humanidad entera y aun mas allá; conservemos en nuestro corazón este amor tan ampliamente fraternal; porque en cuanto á mí, lo confieso, nada puedo excluir de este amor que todo lo abraza; y á aquel á quien sus errores, sus prevenciones y hasta sus odios alejan mas de mí, allí le encuentro y siento que puedo abrazarle tambien como á un hermano.

Este amor es el mas ancho: *nihil latius*; y es tambien el mas profundo: como el océano tiene profundidades inagotables. Este es literalmente el único amor que no se agota: todo amor puramente humano está falto de profundidad; puede muy bien como hermoso lago tener aguas cristalinas y superficies brillantes, pero no tiene profundidad; es una ola que corre, pero no un océano que permanece. El amor de Jesucristo tiene este poder: nada lo agota porque nada toca á su fondo que es el mismo Dios. Este amor, sacudido por vientos tempestuosos, puede por un momento como las olas del océano agitarse en sus abismos; pero cuando se ha pasado la borrasca, se le halla

tan lleno y tan profundo hoy cómo lo estaba ayer y lo estará tambien mañana: nada hay que sea mas profundo y al mismo tiempo tan lleno: *nihil plenius*. Por un atributo divino se extiende este amor sin perder nada de su profundidad. Cuanto mas vasto y universal se hace con el amor de Jesucristo, tanto mas abre en el fondo de sí mismo manantiales siempre nuevos de donde las puras afecciones brotan saludables, del mismo modo que las olas que se derraman sin disminuir en nada la fecundidad de su manantial. Aquel amor que el hombre del placer, de la riqueza ó de los honores deja caer gota á gota sobre toda criatura, él lo recoge, lo condensa, y le hace dentro de sí mismo una especie de depósito inmenso. Pero ese amor que él recoge, no es para guardarlo, es para difundirlo; y ántes de derramarlo al rededor suyo lo pone en comunicacion con el inagotable amor; lo hace pasar por el corazón de Jesucristo, donde recibe como una comunicacion de su infinitud, y entónces puede difundirse por todas partes sin agotarse su manantial. De la misma manera que la sangre se reune y se aviva en el corazón para distribuir desde allí su vida por todo el cuerpo, el amor del cristiano pasando por el corazón de Jesucristo aviva allí en sus profundidades infinitas su inagotable fecundidad.

Amor el mas profundo, pero tambien el mas fuerte, pues de él se dice todavía: *nihil fortius*. No, nada hay mas fuerte; y el secreto de su fuerza es su profundidad misma. Nada es fuerte, nada resiste mucho tiempo sino lo que tiene raíces profundas que penetran dentro de una tierra firme. Ahí está el secreto de la fuerza de este amor: él tiene las mas profundas raíces, y estas raíces están adheridas á Dios, es decir á lo inalterable; porque este amor está arraigado en el amor mismo de Dios, y Dios es su fundamento inmutable: *in charitate radicati et fundati*<sup>1</sup>. Ved porque nada puede sobre la tierra vencer el amor de Jesucristo. ¡Ah! demasiado cierto es por desgracia, que cuando este amor está en mí, yo puedo dejarlo desfallecer y disminuir, y entónces podeis vosotros vencerme, porque como cualquier otro no soy mas que una caña: pero cuando conservo este amor, cuando me agarro de él; cuando todas mis potencias, todos mis pensamientos, todos mis deseos, todas mis ambiciones me enlazan al rededor de él, á la manera

<sup>1</sup> Ephes., iii, 17.

que las raíces de un árbol se enlazan al rededor de una peña; entónces, por débil que aparezca á los ojos de aquellos que se prometen sobre mí una fácil victoria, no puedo ser nunca vencido. Como Pablo, como Ignacio, como Ines, desde el fondo de mi flaqueza me siento invencible. Este amor nada teme; y porque nada teme, es verdaderamente mas fuerte que todo : *nihil fortius*.

¿Habré tal vez concluido de deciros, Señores, todos los atributos sobrehumanos que comunica á nuestro amor el amor de Jesucristo?... Este amor es el mas elevado, el mas ancho, el mas profundo, el mas fuerte : ¿está dicho todo? ¡Ah! yo olvidaba un atributo que nos lo hace mas atractivo y mas simpático que todos los otros : yo olvidaba deciros que es tambien el mas *suave*, pues de él ha podido decirse todavía : *nihil suavius*. El amor de Jesucristo es el amor del cordero de Dios. Cuando uno le ama, se le pega aquel afortunado contagio que exhala al rededor de sí el soplo del cordero : siente uno la necesidad de ser bueno como fué bueno Jesus, dulce como fué dulce Jesus, paciente como fué paciente Jesus; y prueba una vez mas, que el amor de Jesucristo es el amor divino, porque no solo es sublime, profundo, ancho y fuerte, sino tambien suave y dulce como el amor de Dios. ¡Ah! yo no lo extraño, porque este amor es el amor del hombre en el órden, el amor en el centro, el amor que ha encontrado allí todos los atributos que restauran, que elevan, fortifican, engrandecen y trasfiguran la vida.

¡Ah! ¿si comprendieseis como bajo el impulso de este amor entra á velas llenas en el camino del progreso el corazon humano, y con él el hombre entero con sus pensamientos, sus deseos, sus ambiciones y sus abalanzamientos! ¿Qué cosa bella, pura, santa, legitima, sublime, divina no hará aquel, cuyo corazon se lo lleva esta fuerza de Dios, lo mismo que á una nave se la lleva el viento del cielo? ¿Cómo será posible que aquel que navega arrebatado por este amor, no ambicione llegar á las playas mas afortunadas que el progreso descubre á lo léjos del porvenir? ¡Ah! esos hombres apasionados por el amor de Jesucristo; esos hombres cuyo corazon se ha hecho mas alto, mas ancho, mas profundo, mas fuerte y mas suave que todo lo que es humano, son ellos tan ardientes y al mismo tiempo tan poderosos para todo lo que es generoso y verdaderamente progresivo, que si solamente una cuarta

parte de la humanidad se dejaba poseer del poder de este amor, no tengo duda alguna de que esta minoría heroica arrastrase tras ella la humanidad entera. Sí, que una parte de la humanidad solamente, pero una parte notable, ame decididamente á Jesucristo, y os digo que dentro de poco se hallará el progreso en todas partes.

Ved si no, en el principio del cristianismo y á traves de sus dilatados siglos, los hombres que llevan en su corazon este amor soberano como su suprema pasion : ¡qué hombres aquellos hombres! ¡qué costumbres aquellas costumbres! ¡qué virtudes aquellas virtudes! El amor de Jesucristo ha entrado tan profundamente en su corazon, y por su corazon en todo su sér, que hace salir de él como su producto espontáneo unas costumbres y unas virtudes que se crearian imposibles al hombre : las costumbres de aquellos hombres imitan las costumbres divinas de Jesucristo, las virtudes representan sus virtudes divinas, y la vida manifiesta su vida divina. Este es el hombre tal como le pedia san Pablo cuando decia : Que la vida de Jesucristo se manifieste en vosotros : *Vita Christi manifestetur in vobis*; el hombre tal como le saludaba Tertuliano mostrándole á los paganos como una apología del cristianismo : *Christianus alter Christus*. Ved su dulzura, pero ¡qué dulzura! ved su paciencia, pero ¡qué paciencia! ved su caridad, pero ¡qué caridad! ved su pureza, pero ¡qué pureza! ved su virtud, pero ¡qué virtud! ved por fin su perfeccion, pero ¡qué perfeccion! ¡Ah! aquella perfeccion ya la conozco, yo la saludo como hija legitima de Jesucristo. Aquella perfeccion es el hombre hecho á la medida de Jesucristo, el hombre que ha crecido hasta la plenitud de su vida; en fin, el hombre perfecto, el hombre del progreso, *virum perfectum*.

Pero ¿de dónde viene ese cambio repentino, inaudito, milagroso? ¿De qué proviene esa trasformacion tan radical del hombre y de toda su vida? ¿De qué dimana en tan pocos años ese progreso tal que la humanidad no lo realiza en muchos siglos de esfuerzos? Ese progreso es el resultado de esta palabra que ha entrado en el corazon de los hombres junto con el amor de Jesucristo : *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* : tened en vuestro corazon los sentimientos del corazon de Jesucristo. Jesucristo ha tocado los corazones con su corazon : al contacto de este corazon divino han nacido sentimientos nuevos en el